

Identidad y espacio público. Ampliando ámbitos y prácticas

Diego Sánchez González y Luis Ángel Domínguez
(coords.)

Editorial GEDISA

Madrid, 2014

318 pp.

ISBN: 978-84-9784-836-7

Me interesé por este libro publicado por editorial GEDISA, atraído principalmente por el título, *Identidad y espacio público*, pues no conocía a los recopiladores. Llevo algún tiempo reflexionando y también escribiendo sobre el tema de la “identidad”, y me ha preocupado que la profusa anfibiología dificulte un tratamiento que centre la noción en su raíz y organice las referencias metafóricas a que se presta su variable carga semántica. A la vez el concepto de “espacio público,” puesto en el escenario de las ciencias sociales hace ya medio siglo por Habermas, ha de ser, por derecho propio, objeto de atención en las páginas de *Doxa*. Un tratamiento que tratara de clarificar la relación entre ambas nociones no podía dejar de ser atendido en esta revista.

La perspectiva desde la que se abordan los catorce capítulos, entre la arquitectónica, la urbanística, la paisajística y la medioambiental, me resulta lejana, de aquí que las apreciaciones que pueda hacer sobre el conjunto no pueden ser las propias de un especialista, aunque, como por todos los caminos se llega a Roma y en todos los ámbitos de las ciencias sociales hay implicaciones, tampoco esa lejanía impide el acercamiento. Me apresuro en todo caso a manifestar que la palabra “identidad” no es usada en estas páginas como un comodín que valga para todo. Contribuir a disipar el uso ingravido o ideológico de la noción es una forma matizada de aportar claridad a la confusión. Y eso hay que agradecerlo de antemano.

Eso no quita para que el libro pueda tener distinto interés, dependiendo de la especialidad del lector. Tampoco impide que se pueda apreciar que no todos los especialistas estén a la misma altura, incluido el prologoista, más preocupado por dirimir rivalidades ideológicas que conceptuales. Cuando se habla de “poder” puede pasar algo similar a cuando se habla de “identidad”. La gramática de la palabra “poder”, por usar la expresión wittgensteiniana, adolece de la misma indisciplina que aquella otra. Resulta extraño que alguien que ha utilizado los instrumentos de poder municipal en desempeños urbanísticos durante años, se refiera al “poder” como si no estuviera concernido por su aplicación, como si se tratara de algo que fuera criticable porque lo ejercen otros, en fin, como si, al ejercerlo, el poder cambiara de signo o dejara de serlo. El universo está lleno de *Micromegas* que se presentan como si fueran observadores de un mundo ajeno a su propia tarea.

Uno de los problemas centrales en el “espacio público” del debate intelectual de nuestro tiempo procede de la profusión con que se usa el término “identidad” en distintos contextos. La cuestión está en que los llamados “conflictos de identidad” forman parte de esta sociedad posmoderna, globalizada y transversal. Domínguez, que es uno de los coordinadores, recurre a Batjín, para resaltar la importancia del “otro” como referencia para la constitución del “yo”. Resulta algo excéntrico que un crítico literario sirva de base a ese empeño, aunque no dudo de que haya encontrado importantes sugerencias en sus conceptos sobre el diálogo y la otredad. Al igual que el interaccionismo, Batjín sostiene que la alteridad forma parte de la construcción de la identidad. Pero el significado de la palabra es tan denso que dificulta distinguir lo que se discute cuando se la discute. Sin distinguir es fácil llegar a confusiones durante la discusión. Resulta cuando menos paradójico que se recurra a Vargas Llosa para reprochar que el urbanismo de los tiempos son fantasía para el control de “unos ciudadanos acrílicos y obedientes a la dictadura del mercado”. Yo creo que Vargas Llosa tiene razón en lo que censura, pero que Domínguez, aún aupado en Batjín, no ha entendido bien dónde se halla esa razón.

En este libro, la noción de identidad ocupa muchas páginas, que no están revueltas, aunque tampoco organizadas.

Se trata de un *collage*. En la introducción de los coordinadores no se alude a por qué estos y no otros. No son producto de un proyecto de investigación homogéneo. Podrían proceder de comunicaciones o aportaciones a algún congreso al que hayan asistido, pero tampoco es el caso. Y si lo fuera no aclararía mucho, pues es difícil hilvanar un sentido al conjunto que no sea el de un conglomerado temático que no se basa en el rango de autoridad doctrinal de los autores ni, afortunadamente, tampoco en la afinidad ideológica. Pero, aunque no ofrece criterio organizado para la selección de los textos, se ocupa de un aspecto común: cómo en el espacio urbano conviven distintas identidades que solo se generan en ese entorno específico de agrupamiento social. Anticiparé que, a mi entender, la delimitación de tipos de identidades relativas a la convivencia en la ciudad, haciendo abstracción de cualquier otro tipo, es, por sí sola, esclarecedora.

Abordando por pasos el florilegio, llama la atención el trabajo de matriz fenomenológica de la mexicana Lindón. Sabe lo que dice cuando remite la palabra “identidad” al “habitar” en la ciudad moderna, donde los sujetos pueden ser transeúntes o estables. Aunque no lo cite, su análisis recuerda a los estudios de Schutz, lo que no puede sorprender pues se comparten sus fundamentos metodológicos. Saber de qué se habla cuando se usa la palabra “identidad” es una garantía para llegar a algún puerto seguro. El deslinde entre “construcción de la identidad” e “identificación”, es decir entre la identidad personal y las identificaciones variables que propone Lindón, es relevante.

Si algo queda claro en esta panoplia es que la perspectiva urbanística está entreverada por la psicológica, forma parte de la sociológica, y bajo ambas subyace la antropológica. Esto es muy interesante. Pues si antropológicamente hablando la identidad es personal, o individual, como escribe Sergi Valera en su propuesta de contribuir a una psicología ambiental positiva valiéndose de un interaccionismo implícito, sociológicamente la identidad del sujeto oscila entre la preservación de la individualidad y la adscripción al grupo, que mientras bebe de múltiples fuentes procura también escupirlas para defenderse de ellas. En este sentido las identidades que conforman el proceso de

construcción de la identidad del sujeto son variables, aleatorias y múltiples. Demuestra que el proyecto de reducir o de imponer unas a otras, la religiosa, la nacionalista, la etnocéntrica, la familiar, la étnica, la ideológica, etc. es arbitrario, en el mejor de los casos, y coercitivo en el peor.

El conjunto de trabajos contribuye a poner de manifiesto la multiplicidad de variables que pueden concurrir en la constitución de la identidad personal a través de un análisis de la ciudad concebida como un “espacio público”. Si la aportación se limitara a poner en evidencia que la “identidad social” no es uniforme, que no se constituye en torno a un rasgo prevalente o fundamental, ya sería suficientemente meritorio. Pero va más allá al mostrar la variedad de arquetipos, especialmente los que se producen en el espacio urbano, que se muestran como complejos de *inputs* o nutrientes que el yo sintetiza mientras los absorbe. Es la síntesis lo que permite singularizar su condición a través de múltiples identificaciones, algunas más estables y otras más variables, como ser miembro de una familia, de un municipio, de un pueblo, de un vecindario, de un hábitat, como partícipe de uno u otro de los distintos modos posibles de vida dentro de una ciudad o de pertenencia a ella. El capítulo “La ciudad como valor e identidad” es contundente a este respecto. Los análisis del transeúnte o de la migración, del turismo y otras formas de adscripción, permanentes o transitorias, revelan la artificiosidad del conflicto creado por el acaparamiento reduccionista de la noción de identidad por parte del nacionalismo excluyente y la evidencia de que la construcción de la identidad social es un proceso de participación que, en la ciudad, tiene múltiples correspondencias. La ciudad ha de ser de todos y para todos, cualesquiera que sean sus identidades mientras reconozcan la identidad de sus conciudadanos. Los programas de dominación de unos sobre otros apelando a una identidad dominante contribuyen al género literario de la bagatela ideológica. Son cualquier cosa menos democráticos.

Luis Núñez Ladevéze
Universidad CEU San Pablo